



# La Santa Sede

---

JUAN PABLO II

## **AUDIENCIA GENERAL**

*Miércoles 23 de septiembre de 1992*

### **La oración del Padre nuestro, compendio de todo el Evangelio**

1. Con la encarnación del Verbo de Dios la *historia de la plegaria* conoce un *cambio decisivo*. En Jesucristo el cielo y la tierra se tocan, Dios se reconcilia con la humanidad y el diálogo entre la criatura y su Creador se reanuda plenamente.

Jesús es *la propuesta definitiva* del amor del Padre y, al mismo tiempo, *la respuesta plena e irrevocable* del hombre a las expectativas divinas. Por tanto él, Verbo encarnado, es el único mediador que presenta a Dios Padre todas las oraciones sinceras que suben del corazón humano.

Así, pues, la petición que los primeros discípulos formularon a Jesús se convierte también en nuestra petición: "Señor, enséñanos a orar" (*Lc 11, 1*).

2. Como a ellos, Jesús nos "enseña" también a nosotros. *Lo hace, sobre todo con el ejemplo*. ¿Cómo no recordar la conmovedora oración con la que se dirige al Padre ya desde el primer momento de la encarnación? "Al entrar en este mundo, dice: Sacrificio y oblación no quisiste; pero me has formado un cuerpo... Entonces dije: ¡He aquí que vengo –pues de mí está escrito en el rollo del libro– a hacer, oh Dios, tu voluntad!" (*Hb 10, 5. 7*).

Después *no hay momento importante* de la vida de Cristo que no esté acompañado por la oración. *Al comienzo de su misión pública* el Espíritu Santo baja sobre él que, después de haber sido "bautizado, estaba en oración" (*Lc 3, 21 s.*). Sabemos gracias al evangelista Marcos que Jesús, en el momento de *empezar la predicación en Galilea* "de madrugada cuando todavía

estaba muy oscuro, se levantó, salió y fue a un lugar solitario y allí se puso a hacer oración" (1, 35). Antes de la *elección de los Apóstoles* "se fue al monte a orar, y se pasó la noche en la oración" (Lc 6, 12). Y de igual modo antes de la *promesa del primado* a Pedro, Jesús, según el relato de Lucas, "estaba orando a solas" (9, 18). Jesús oró también *en el momento de la transfiguración*, cuando su gloria se irradió en el monte antes de que en el Calvario las tinieblas se hicieran más densas (cf. Lc 9, 28-29).

Particularmente reveladora es la oración con la cual, *durante la última cena*, Jesús eleva al Padre sus sentimientos de amor, de alabanza, de súplica y de abandono confiado (cf. Jn 17). Son los mismos sentimientos que vuelven a aflorar *en el huerto de Getsemaní* (cf. Mt 26, 39. 42) y *en la cruz* (cf. Lc 23, 46), desde cuya altura Jesús nos ofrece el ejemplo de aquella última y conmovedora invocación: "Padre, perdónales, porque no saben lo que hacen" (Lc 23, 34).

3. Jesús nos enseña a rezar también *con su palabra*. Para subrayar la "necesidad de orar siempre, sin desfallecer", nos dice la parábola del juez injusto y de la viuda (cf. Lc 18, 1-5). Luego recomienda: "Velad y orad, para que no caigáis en tentación; que el espíritu está pronto, pero la carne es débil" (Mt 26, 41). E insiste: "Pedid y se os dará; buscad y hallaréis; llamad y se os abrirá. Porque todo el que pide recibe; el que busca, halla; y al que llama, se le abrirá" (Mt 7, 7-8).

A los discípulos deseosos de una guía concreta, Jesús les enseña también la fórmula del *Padre nuestro* (Mt 6, 9-13; Lc 11, 2-4), que llegará a ser, a lo largo de los siglos, la plegaria típica de la comunidad cristiana. Ya Tertuliano la calificaba como *breviarium totius evangelii*, "un compendio de todo el Evangelio" (*De oratione*, 1). En ella Jesús entrega la esencia de su mensaje. Quien reza de modo consciente el *padrenuestro*, "se compromete" con el Evangelio; en efecto, no puede dejar de aceptar las consecuencias que derivan para su vida del mensaje evangélico, del cual la "oración del Señor" es su expresión más auténtica.

## Saludos

Deseo saludar a todos los peregrinos procedentes de España y de América Latina; de manera particular al grupo de Religiosos Terciarios Capuchinos, a los Caballeros y Damas colombianos de la Orden del Santo Sepulcro de Jerusalén, a los fieles argentinos de la Parroquia de San Jerónimo Sur, de la arquidiócesis de Rosario, y a los peregrinos mexicanos y salvadoreños.

Un especial y afectuoso saludo al grupo de niños ecuatorianos.

A todos os imparto mi bendición apostólica.

